

salventur; bonum enim est cum qui se præparat, et consentit, salvari, non vero nolentem, et resistentem... Et hæc dicitur voluntas consequens, eo quod præsupponit præscientiam operum, non tanquam causam voluntatis, sed quasi rationem voliti (1).»

También hay un gran número de otros textos que vienen al apoyo de esta verdad; y no puedo dispensarme de referir algunos: *Venite ad me omnes* (dice el Señor) *qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* (Matth., xi, 28.) Venid todos los que gemis bajo el peso de vuestras iniquidades, y yo os aliviaré de los males que os habeis hecho á vosotros mismos. Si á todos los hombres invita al remedio, claro es que tiene voluntad sincera de salvarlos á todos. Dice san Pedro: *Patienter agit propter nos, nolens aliquos perire, sed omnes ad penitentiam reverti;* (II Petr., ii, 9.) Nótese estas palabras, *omnes ad penitentiam reverti;* Dios no quiere la condenacion de nadie, ni aun de los pecadores, mientras viven aun, pero quiere que todos se arrepientan de sus faltas y obren su salvacion. Leemos también estas palabras de David: *Quoniam ira in indignatione ejus, et vita in voluntate ejus.* (Psal., xxix, 5.) Hé aquí cómo explica S. Basilio este pasaje: «Et in voluntate ejus, quid ergo dicit? Nimirum quod vult Deus omnes vitæ fieri participes.» Por muchos y enormes que sean nuestros pecados, no quiere Dios nuestra perdicion, sino que vivamos. Y el libro de la Sabiduría dice (xi, 25): *Diligis enim omnia quæ sunt, et nihil odisti eorum quæ fecisti.* Y poco mas adelante en el v. 27: *Parcis autem omnibus, quoniam tua sunt, Domine, qui amas animas.* Si Dios ama á todas sus criaturas, y especialmente á las almas, si está pronto á perdonar á los que se arrepienten de sus pecados, ¿cómo puede haber en la imaginacion que los cria para verlos sufrir eternamente en el infierno. No, la voluntad de Dios no es que nos perdamos, sino que obremos nuestra salvacion; y cuando ve que nos obstinamos por nuestros pecados en correr á la muerte eterna, afectado de nuestra desgracia, nos pide de alguna manera que tengamos piedad de nosotros mismos: *Et quare moriemini, Dominus Israel? revertimini, et vivite.* (Ezech., xxxiii, 41.) Como si dijera: Pobres pecadores, ¿y por qué quereis condenaros? Volved á mí, y encontraréis la vida que habeis perdido. Así, viendo nuestro divino Salvador la ciudad de Jerusalem, y considerando las desgracias que los judios iban

(1) S. Thom., c. 6, Joan., lect. 4.

á atraer sobre sí por la muerte injusta que debian hacerle sufrir, se puso á llorar de compasion: *Videns civitatem flevit super illam.* (Luc., xix, 41.) Declara Dios en otro lugar que no quiere la muerte, sino la vida del pecador: *Nolo mortem morientis.* (Ezech., xiii, 32.) Y poco despues lo confirma con juramento: *Vivo ego, dicit Dominus Deus, nolo mortem impii, sed ut convertatur impius à via sua, et vivat.* (Ezech., xxxiii, 41.)

Pecador. Esta palabra se toma en muchos sentidos; significa: 1º el que es capaz de pecar; en este sentido se dice, que todo hombre es *pecador*, ps. cxv, etc.; 2º el que es inclinado al pecado; así todos nacemos *pecadores* ó inclinados al pecado por la concupiscencia que nos conduce á él; 3º el que está contaminado por el pecado; esta es la confesion del publicano; Señor, sed propicio á mí, *pecador*; 4º el que está en el hábito del pecado, y que persevera en la impenitencia; David dijo de hombres de esta clase: Dios perderá á todos los *pecadores*, ps. cxliv, 20, etc.; 5º los judios llamaban así á los idólatras; Nos otros hemos nacido judios, dice san Pablo, y no *pecadores* gentiles, *Gálat.*, ii, 15; 6º un hombre empeñado en un estado que es ocasion de pecado; está escrito, *Luc.*, vi, 34: Los *pecadores*, es decir, los publicanos, presantan á interes á otros *pecadores*.

Pectorai. V. ORACULO.

Pedagogo. El griego *παιδαγωγός* significa un *conductor* ó un *instructor de niños*. San Pablo, *Gálat.*, iii, 24, dice que la ley de Moisés ha sido nuestro *pedagogo* en Jesucristo, porque ha conducido á los judios á este divino Maestro; dice, *I Cor.*, iv, 25: *Aun cuando tuvierais diez mil pedagogos en Jesucristo, no obstante, no tendríais muchos padres.* En efecto, S. Pablo era el padre de los corintios; los habia instruido el primero, y continuaba haciéndolo con un afecto paternal; tenia hácia ellos una aficion mas desinteresada que los demás doctores que habian venido á enseñar á los corintios despues de él.

Pedro (San). Jefe de los apóstoles. En la palabra CÉFAS, hemos dado la etimología de su nombre, y hemos manifestado la razon por que se lo dió Jesucristo. En la palabra PAPA, hemos probado que aquel divino Salvador estableció á S. Pedro cabeza y primer pastor de su Iglesia, que le ha dado sobre sus cólegas una primacia, no solo de honor, sino de jurisdiccion, y que este privilegio ha pasado á sus sucesores.

La dignidad á que habia sido elevado este apóstol, no le impidió el dar una caida enorme negando á su Maestro durante su pasion;

pero la prontitud y amargura de su arrepentimiento, el valor de que se vió animado despues de haber recibido el Espíritu Santo, y la constancia de su martirio, repararon completamente esta falta. «Con este ejemplo, dicen los PP. de la Iglesia, ha querido Dios manifestar que los justos deben temer siempre su propia debilidad, y que los pecadores penitentes pueden esperar todo de la misericordia divina.» Jesucristo, despues de su resurreccion, lejos de echar en cara á S. Pedro, su poca fidelidad, lo trató siempre con la misma bondad que antes.

El primero de los milagros obrados por S. Pedro, y referido en las *Act.*, c. 3 y 4, merece mucha atencion. Iban S. Pedro y S. Juan al templo, cuando los judios tenian costumbre de reunirse en él para orar; ven en una de sus puertas á un cojo de nacimiento, conocido por tal en todo Jerusalem; lo curó S. Pedro con una palabra en nombre de Jesucristo; aquel hombre sigue á su libertador, regocijándole de alegría, y bendiciendo á Dios; la multitud admirada se reúne para contemplar el prodigio. Entonces levanta la voz el apóstol, acusa á aquellos judios que poco antes habian pedido la muerte de Jesus del crimen que habian cometido; testifica que aquel Jesus crucificado y muerto á su vista ha resucitado, que por su nombre y poder acaba de ser curado el tullido, que es el Mesias predicho por los profetas; nadie se atreve á acusar á S. Pedro de impostura; cinco mil judios se convencen de la evidencia, y creen en Jesucristo.

Al ruido de este acontecimiento, los jefes de la nacion se reúnen y deliberan, preguntan á S. Pedro, el que les repite lo que dijo al pueblo, y sostiene el mismo hecho, la resurreccion de su Maestro. El resultado de la reunion es prohibir á los apóstoles predicar mas en nombre de Jesucristo; aunque protestan que obedecerán á Dios mas que á los hombres, se les deja marchar por temor de que subleven al pueblo.

Hé aquí un hecho público, notorio, fácil de probar. ¿Ha osado un discípulo del Salvador inventarlo y publicarlo en el mismo tiempo, y citar cinco mil testigos oculares? Si son impostores los apóstoles, ¿quién impide á los jefes de la nacion judia encruelcarse contra ellos? Aun no han hecho los apóstoles mas que un milagro, Jesus habia hecho millares cuando le dieron muerte. El temor de sublevar al pueblo no les impide el dejar apedrear á S. Estéban, ni de enviar á Saulo á Damasco, con el encargo de poner á los fieles en las cadenas, y conducirlos á Jerusalem.

¿Por qué aquella tranquilidad con que sufren la resistencia de S. Pedro y de S. Juan?

Quizá se dirá que despreciaron el pretendido milagro, y las consecuencias que podia tener; mas toda su conducta demuestra que estaban alarmados de los progresos que hacian los apóstoles, que hubieran querido taparles la boca, que no obstante no se atrevieron á intentar convercerlos de impostura. Luego es la verdad de los hechos la que los ha conservado en la inaccion.

Algunos incrédulos han echado en cara á S. Pedro el castigo de Ananias y Safira como un rasgo de crueldad; hemos discutido este hecho en la palabra ANANIAS. En la palabra CÉFAS, hemos hablado de la disputa que hubo entre S. Pedro y S. Pablo en Antioquia con motivo de las ceremonias legales.

Por espacio de mucho tiempo se obstinaron los protestantes en que S. Pedro no habia venido nunca á Roma, y que nunca habia establecido allí su silla; está probado el hecho contrario con los testimonios de S. Clemente, de S. Ignacio y de Papias, todos tres discípulos de los apóstoles; Cayo, sacerdote de Roma. S. Dionisio de Corinto, S. Clemente Alejandrino, S. Ireneo y Orígenes testificaron lo mismo en el II y III siglo; ninguno de los PP. ha dudado de ello en los siglos siguientes. En el IV, el emperador Juliano decia que antes de la muerte de S. Juan los sepulcros de S. Pedro y S. Pablo eran ya honrados en secreto; en S. Cirilo, l. 10, p. 327; de modo que aquellos sepulcros ciertamente estaban en Roma, puesto que allí están todavía. Dom Calmet ha reunido estas pruebas en una disertacion sobre este asunto, *Biblia de Avignon*, t. 16, p. 173.

Así Basnage, *Hist. de la Iglesia*, l. 7, c. 3, § 3, y Le Clerc, año 168, § 1, convienen en que no es posible recusar todos estos testigos, que no se les puede oponer mas que dificultades de cronología, que el martirio de S. Pedro y de S. Pablo en Roma, bajo el imperio de Neron, es un hecho incontestable. Se limitan á sostener que S. Pedro no ha sido obispo de Roma ni de ninguna otra ciudad; que habria mas razon en considerar á S. Pablo como el fundador de la silla de Roma, que en atribuir este honor á S. Pedro. Pero la mayor parte de los testigos que aseguraban el viaje y la muerte de este apóstol á Roma, lo tienen tambien como fundador de aquella silla; ¿son menos creibles en uno de estos hechos que en el otro? Así que los protestantes mas instruidos empiezan por ser mas reservados con respecto á esta disputa. Aquellos que niegan todavía que S. Pedro ha sido

obispo de Roma, y que estableció en ella su silla, no razonan con consecuencia; confiesan que no se sabe exactamente en qué año fué S. Pedro á Antioquia, ni cuántos años permaneció allí; que sin embargo es incontestable que estableció allí una especie de residencia; que se ha considerado siempre como el primer obispo de Antioquia, aunque S. Pablo hubo estado allí antes que él. Y cuando se trata de Roma, no quieren que S. Pedro haya sido su obispo, porque no se sabe en qué año fué allí, ni cuánto tiempo permaneció, y por qué S. Pablo había estado antes que él; que siendo los apóstoles obispos de toda la Iglesia, probablemente no han tenido ninguna silla particular, etc. Negarán quizá que san Juan Evangelista haya sido obispo de Éfeso.

Es constante que cuando S. Pablo escribió su carta á los romanos, no había estado todavía en Roma; lo dice expresamente, i, 13, y sin embargo les escribió que su fe estaba anunciada por todo el mundo, v. 8; lo repite, xv, 22. Luego la Iglesia de Roma estaba fundada antes que S. Pablo apareciese en ella. ¿Quién era su fundador, sino S. Pedro, como lo atestiguan todos los antiguos?

Nos quedan dos cartas de este santo apóstol, y no tenemos ninguna prueba de que haya compuesto otros escritos; la primera ha sido siempre recibida como auténtica por un consentimiento unánime; mas se ha dudado hace mucho tiempo de la segunda; un pasaje de S. Isidoro de Sevilla nos enseña que en el siglo VII había todavía Iglesias en España que ponían dificultades para recibirla. Por último, se han disipado todas las dudas, y en el día no se disputa ya su autoridad; los mismos protestantes la admiten como canónica, porque no contiene ningun pasaje decisivo contra sus opiniones. Mas aun en esto mismo no son fieles á su principio, que es el no recibir por obras canónicas mas que aquellas que han sido admitidas en todos los tiempos, y disputar á la Iglesia el derecho de poner en el canon ciertos libros que todavía no estaban en los primeros siglos.

Sheloreck, en su obra sobre el *Uso y fines de la profecía*, t. 2, p. 63, ha hecho una disertación sobre la autoridad ó canonicidad de esta segunda epístola; demuestra que la única razón por la que algunos antiguos é iglesias dudaron de ella, era la diferencia que había entre el estilo de esta carta y el de la primera; da razones muy probables de esta diferencia. Compara el segundo capítulo, el que choca mas, con la carta de S. Judas, y conjetura que estos dos apóstoles han copia-

do los dos de un antiguo libro la descripción que hacen de los falsos profetas; que así no hay ninguna razón para dudar de la canonicidad de la segunda epístola de S. Pedro.

Los antiguos herejes han atribuido á este santo apóstol algunas obras apócrifas; mas estos falsos escritos no han tenido nunca ningun crédito en la Iglesia.

* [Tomaremos de la obra publicada por el abate Gerbert (1), con el título de *Bosquejo de Roma cristiana*, una descripción de la cátedra de S. Pedro conservada en Roma, y las pruebas de su identidad con la que usó S. Pedro:

» El primero de los monumentos que se conservan en Roma en la basilica vaticana, es la *cátedra de san Pedro*. Sabemos que desde el principio tuvieron sillan los obispos, á las que se daba este nombre. Era una señal de honor y signo de autoridad el hablar sentados. A su muerte se colocaban al menos de tiempo en tiempo sus sillan en sus sepulcros. Los primeros fieles tenían un gran respeto á las sillan de que se habían valido los apóstoles para enseñarles la fe, ó para cumplir otras funciones de su ministerio. Debieron conservarse con cuidado; lo que parece indicado por aquellas palabras de Tertuliano que con respecto á esto representa las tradiciones del siglo II. « Recorred, dice, en el libro de las *Prescripciones* contra los herejes, recorred las iglesias apostólicas, en las que presiden en su lugar las mismas cátedras de los apóstoles, y en las que se leen en alta voz sus cartas auténticas. *Percurre ecclesias apostólicas apud quas ipsæ adhuc cathedræ apostolorum suis locis præsidet, apud quas ipsæ authenticæ litteræ eorum recitantur;* » c. 36.

» Rigault es de parecer, en una de las notas de su edición de Tertuliano, que esta palabra *cátedra* debe entenderse aquí solo en un sentido figurado; pero desde luego nada obliga á repudiar el sentido literal; el sabio anotador no da ninguna razón de esto. En segundo lugar, no es verosímil que Tertuliano haya sido limitado á citar monumentos metafóricos cuando podía señalar las cátedras reales, como lo prueba el pasaje de Eusebio que referiremos en seguida.

» Esto es tanto menos probable cuanto que este escritor era inclinado, por costumbre de su genio y estilo, á referir en cuanto podía sus aserciones á algunos hechos materiales; sus obras ofrecen una multitud de ejemplos de esto. Este es el sentido natural de este pasaje; en el segundo miembro de esta frase

(1) Es el refutador de Lamennais.

refiere Tertuliano que las iglesias fundadas por los apóstoles podían enseñar los ejemplares auténticos de las cartas que les habían dirigido; dice en el primer miembro, que estas iglesias conservaban todavía las cátedras en que se habían sentado; estos dos hechos sirven de apoyo el uno al otro.

» Nos dice Eusebio que en su tiempo se veía en Jerusalem la cátedra de su primer obispo Santiago el Menor, que habían salvado los cristianos á traves de todos los desastres que habían abrumado é esta ciudad (1). Sabemos también que la Iglesia de Alejandria poseía la de S. Marcos, su fundador, que uno de sus obispos, llamado Pedro, habiéndose sentado un día á los piés de esta misma cátedra en una ceremonia pública, y habiéndole gritado todo el pueblo que tomase asiento en ella, había respondido el obispo que no era digno. *Act. S. Petr. Alexand. mart., traducidas del griego al latin por Anastasio et Bibliotecario.* La Iglesia de Roma debió poner al menos tanta diligencia y cuidado en conservar la del príncipe de los apóstoles, cuanto que, además de los motivos de piedad comunes á todos los cristianos, era el carácter romano, como se sabe, eminentemente conservador de los monumentos, y que las catacumbas daban á los fieles de Roma una grande facilidad para ocultar en ellas como lugar seguro un depósito tan precioso.

» Segun una tradición de origen inmemorial, san Pedro se sirvió de la cátedra que ahora se halla en el fondo de la Iglesia, y que ha sido cubierta de una chapa de bronce. Antes de esta época había sido colocada sucesivamente en otras partes de la basilica. Los textos que ha recogido Phæbus, *De identitate cath. B. Petri, Romæ*, 1666, particularmente en los manuscritos de la Biblioteca vaticana, nos hacen seguir su historia en estas diversas traslaciones. El papa Alejandro VII, que la ha fijado en el lugar que la veneramos en la actualidad, la había mudado de la capilla que sirve en el día de baptisterio, adonde poco tiempo antes la había trasladado Urbano VIII. *Carol. Fontana, de Basil. vat., c. 29.* Anteriormente había estado depositada en la capilla de las reliquias de la antigua sacristia. *Grimald., manus. Catal. sac. relig. Basil. vat.* Sabemos también que había permanecido

(1) Todavía conservan los fieles de Jerusalem la cátedra de Santiago, llamado el hermano del Señor, que fué establecido por el Salvador y por los apóstoles el primer obispo de esta ciudad, la guardan con gran veneración; lo que manifiesta claramente que los cristianos, tanto de los siglos pasados como del nuestro, han dado siempre grandes honores á los santos, porque estos se abrasaban en el amor de Dios, *Hist. Eccl., l. 7, cap. 49.*

algun tiempo en otro oratorio de esta sacristia, el de Sta. Ana: *In hoc sacello ubi sedes seu cathedra S. Petri pulcherrima, super quam sedebat cum munia pontificalia exercebat honorifice conservatur;* *Tib. Alfaranis manus. vatic.*; despues de haber estado en la capilla de S. Adrian: *Porró in ipso S. Adriani factus est nunc egregiè ornatus, ubi collocata est cathedra super quam sedebat Beatus Petrus dum solemnia ageret;* *Maph. Veggius; de Rebus antiq. memorab. Basilic. S. Petr., l. 4, manus. vatic.*, cerca del lugar donde está ahora la cátedra del penitenciario mayor. Adriano I la había fijado allí en el siglo VIII. *Grimald., Catal. sanc. Reliquiar. asservat. in arch., vatic.*, se apoya en un pasaje de Maph. Veggius. Durante este periodo, varios pasajes de los antiguos autores hacen mención de ella. Citaremos aquí algunos, para señalar la serie de la tradición relativa á un monumento tan venerable. Se trata de él en una bula de Nicolas III, en 1279: *Denarii qui dantur portantibus ad altare et reportantibus cathedram S. Petri.* Pedro Benito, canónigo de la basilica vaticana en el siglo XII, ha dejado un manuscrito que contiene reseñas sobre la liturgia de esta Iglesia; hé aquí la que señala para la fiesta de la cátedra de S. Pedro: « El oficio es el de la misma fiesta del apóstol; solo á visperas, á maitines y á laudes, se canta la antífona *Ecce sacerdos*. Estacion en su basilica. En la misa el pontífice debe sentarse en la cátedra, *in cathedra. In cathedra S. Petri legitur sicut in die natali, tantum ad vesperas, ad matutinum et laudes canitur: Ecce sacerdos. Statio ejus in basilica; dominus papa sedere debet in cathedra ad misam.* » Desde los primeros siglos acostumbraban los papas á sentarse en una silla elevada, no solo durante la misa, sino también mientras visperas, maitines y laudes; cuando asistían á los oficios, lo que se verificaba muchas veces en el año en las principales festividades. Es evidente, segun esto, que notándose como una rúbrica particular de la fiesta de la cátedra de S. Pedro, que mientras la misa debía sentarse el papa en la cátedra, el autor que acabamos de citar ha designado la misma cátedra que la tradición consideraba como de S. Pedro. Por otro lado, en todo su libro, cuando habla solamente de la cátedra ordinaria del pontífice, la designa siempre con el nombre de *silla elevada*. Pedro Manlio, que pertenece á la misma época, dice haber leído en Juan Cabalino, que en el siglo anterior, bajo Alejandro II, había sido respetada la cátedra de S. Pedro por un incendio que había consumido los objetos que

la rodeaban. *Petrus Manlius, de Consuetudin. et rel. basil. vatic.* También hallamos en un escritor del siglo II, Othon de Freissinque, pasajes que hacen mención de ella. *Ott. Frisigens in Freder.* Vemos por las narraciones de Anastasio el Bibliotecario relativas á los siglos VIII y IX, *Anast. in vit. Paul. I, Serg. II*, que el papa elegido era al principio conducido al patriarcado de Letran, donde se sentaba sobre el trono pontifical; que el domingo siguiente iba adornado del manto pontifical á la basilica vaticana, y que allí tomaba asiento en la apostólica y santísima cátedra de san Pedro; estas son las palabras empleadas por Anastasio (1).

» Hémos aquí ya en el siglo VIII, es decir, en tiempo en que el papa Adriano la hizo establecer, como hemos dicho, en el oratorio consagrado al santo, cuyo nombre lleva. Los textos de Anastasio nos hacen remontar todavía mas allá, puesto que, hablando del uso de que acabamos de tratar, le llama la costumbre antigua, la costumbre encanecida por los tiempos, *cana consuetudo*. El catálogo de los santos óleos enviados por Gregorio el Grande á Teodolinda, reina de los lombardos, hace mención del óleo de las lámparas que ardian delante de la cátedra en que se había sentado S. Pedro, *de oleo de sede ubi prius sedet Petrus*. Parece que en esta época los fieles la encontraban antes de entrar en la basilica; se hallaba cerca de la plaza que ocupa hoy día la Puerta Santa, *Histor., temp. vatic., c. 24*. Los neófitos, vestidos de la túnica blanca del bautismo, eran conducidos al pie de esta cátedra para venerarla. Refiriendo este hecho Ennodio, en su *Apología* por el papa Symmaco, designa este monumento de una manera muy terminante. « Se les lleva, dice, cerca de la silla de manos de la confesion apostólica, y mientras que ellos derraman con abundancia las lágrimas que la alegría les hace correr, la bondad de Dios redobra las gracias que han recibido de él. » *Ennod., Apolog., d. 352, Tornaci*. Esta expresión, *de silla de manos*, caracteriza exactamente, como se verá luego, la forma especial y el destino primitivo de esta silla. Ennodio escribía á principios del siglo VI. El IV nos da un testimonio muy positivo de Optato Milevitano. Dirigiéndose á los cismáticos, que se vanagloriaban

(1) « Apostolica sacratissima Petri cathedra. » Cuando se hacia la eleccion en la basilica vaticana, se procedia inmediatamente á la instalacion del pontifice sobre esta cátedra.

de tener partidarios en Roma, les hace esta interpelacion: « Que se pregunte á vuestro Macrobio dónde se sienta en esta ciudad; ¿podrá responder: Me siento en la cátedra de Pedro? » Si no hubiese dicho mas este autor, se podría dudar si hablaba en este pasaje de la cátedra material, como no trataba de historia, sino de polémica, hubiera podido muy bien valerse de esta expresión, para significar solamente la cátedra moralmente tomada, ó la autoridad de S. Pedro que sobrevivía en sus sucesores, y era desconocida por los cismáticos, contra los que argumentaba. Mas lo que añade no deja lugar á esta suposicion: « Aun no se dice, si Macrobio ha visto solamente esta cátedra con sus propios ojos. » Evidentemente ha querido designar la cátedra material, lo que por otro lado está confirmado con todo el pasaje, en el que continúa oponiendo á los cismáticos los monumentos de S. Pedro y de S. Pablo. *Denique si Macrobio dicatur ubi illic sedeat, numquid potest dicere in cathedra Petri? Quam nescio si vel oculis novit, et ad cujus memoriam non accedit, quasi schismaticus contra apostolum faciens qui ait: memoriis sanctorum communicantes. Ecce presentes sunt ibi duorum memoriae apostolorum, dicite si ad has ingredi potuit, ita obtulerit illic ubi sanctorum memorias esse constat. Optatus Milevit., contr. Parm., l. 2*. En lenguaje de los primeros cristianos, la palabra *memoria* era empleada para designar los monumentos fúnebres de los apóstoles ó de los mártires, como ya lo hemos visto en un pasaje citado anteriormente relativo á la construccion del monumento de S. Pedro. (*Construxit memoriam.*) Esta palabra ha podido aplicarse despues á las basilicas erigidas sobre estos sepulcros.

» Es pues evidente que esta cátedra ha sido expuesta públicamente á la veneracion de los cristianos, en el siglo mismo en que el cristianismo ha tenido la libertad del culto público. No es pues sorprendente que no se haya hecho mención de ella en los documentos de la época anterior: al contrario, lo sería el que hubiesen hablado de la misma. No nos quedan mas que un pequeño número de escritos redactados en Roma durante los tres primeros siglos; las actas de los mártires no mezclan en cada una de sus narraciones las particularidades monumentales, y si es que las indican, muchas veces lo hacen con una sola palabra, el lugar del suplicio y el de la inhumacion. Las obras apologéticas y polémicas tenían que hacer algo mas preciso que el cuidado de llevar nota de los muebles sagrados, lo que por otro lado hubiese sido una

indiscrecion peligrosa, que hubiera podido provocar las pesquisas de los paganos. En cuanto á los libros compuestos en aquella época por los escritores que residian en las demás partes del mundo romano, se les pueden aplicar las mismas observaciones; por lo demás, es altamente verosímil que sus autores, ó al menos la mayor parte, han ignorado la existencia de este monumento, que debía estar encerrado en Roma en algun lugar secreto, segun la costumbre de los tiempos de persecucion. No fué hasta el siglo IV cuando otras cátedras, contemporáneas á la de S. Pedro, la de Santiago en Jerusalem, y la de S. Marcos en la Iglesia de Antioquia, aparecieron al público y en la historia. Entonces se apresuraron los cristianos á venerar en la claridad de sus basilicas los depósitos que habian conservado en las bóvedas subterráneas. Todo es para persuadirnos que la cátedra de S. Pedro habia estado oculta en el santuario mismo de su sepulcro. Un manuscrito de la Biblioteca Barberina, *Mich. Leonic., not., manus.*, asegura positivamente que ha sido, puede creerse, el eco de un recuerdo tradicional, ó de noticias consignadas en algunas hojas de los archivos romanos que se han perdido. Segun toda la probabilidad, en la época de las construccioncs hechas por S. Silvestre en la confesion de S. Pedro, ha sido cuando esta cátedra se ha ofrecido á la pública y libre devocion del pueblo, que afluia al templo que Constantino acababa de erigir. Despues de salir del sepulcro, ha recorrido en procesion la gran basilica, ha visitado sucesivamente en la continuacion de los siglos el vestibulo, las capillas, el coro, para venir á establecerse por último en el lugar radiante que ocupa en el día, iluminada por la parte superior con la auréola de la columna que cae sobre ella, coronada de ángeles, lijaramente sostenida por cuatro doctores del rito latino y del rito griego, S. Ambrosio, S. Augustin, S. Atanasio, S. Juan Crisóstomo, y colgada encima de un altar dedicado á la santísima Virgen y á todos los santos pontífices. Sobre su trono celestial conservan todavía algun recuerdo de esta cátedra, á cuyo pié se han santificado algunas imágenes de los monumentos terrestres, que van á reflejarse, como la sombra del tiempo, hasta los esplendores de la eternidad.

» Hace algunos siglos que los papas dejaron de servirse de ella en las fiestas solemnes. Su antigüedad podía hacer temer que esta preciosa reliquia sufriese algun deterioro, si se continuaba sacándola y empleán-

dola para las funciones del culto; el esmero de su conservacion la ha puesto fija é inmóvil. También por esto ha sido cubierta por Alejandro VII con una chapa de bronce. Por lo demás, todo el mundo puede tener una copia de ella en una de las salas de la sacristia vaticana, y de ella se conserva un *fac simile* en la parte superior de la iglesia, cerca del sitio donde se han depositado los planos en relieve de los varios proyectos que han sido propuestos para la arquitectura de la basilica moderna.

» Torrigi, que ha examinado esta cátedra en 1637, y que la midió en todos sentidos, nos ha dejado de ella la descripción siguiente:

« La parte anterior (de la silla) es de cuatro palmos de ancha y tres y medio de alta; sus lados tienen algo mas de dos y medio de anchura; su altura, comprendiendo el respaldo, es de seis palmos. Es de madera con columnitas y arcos, estos tienen dos palmos y medio de altos, y las columnitas un palmo y dos onzas (1); en la parte anterior de la silla están cincelados diez y ocho asientos en marfil, ejecutados con rara perfeccion, mezclados con pequeños adornos de laton de un trabajo delicadísimo. Hay alrededor de ella algunas figuras de marfil en bajo relieve. El respaldo tiene cuatro dedos de grueso. » *L. sacri trophæi Roman., c. 21, p. 122*.

» Debemos añadir á esta descripción que la espalda cuadrada termina en su cúspide por un embutido triangular. También ha omitido Torrigi el notar una circunstancia muy importante que referiremos en seguida, y se engañó en un punto; los adornos que ha creído que son de laton, son de oro purísimo. Esta particularidad, que ha sido averiguada por una comision que Alejandro VII nombró para el efecto, no es, como veremos, indiferente para la explicacion de este monumento.

» Las esculturas pequeñas de marfil, que representan los trabajos de *Hércules*, prueban que es de origen pagano. Haciendo abstraccion de la tradicion que hemos alegado, no es posible suponer con alguna apariencia de razon, que esta cátedra romana se haya publicado en el intervalo de tiempo pasado desde la caída del paganismo en el siglo V, hasta la revolucion que hubo en la escultura á fines de la edad media. No se hubiera permitido representar una leyenda esencialmente mitológica en un mueble tan sagrado, destinado á figurar cerca del altar durante los sagrados misterios. Los monumentos reli-

(1) La onza es la dozava parte del palmo romano, que equivale á un centímetro y ocho milímetros.

giosos de aquel período que existen en Roma en gran número, manifiestan claramente por su severidad cristiana que esta fantasía profana ha sido tan extraña al carácter del arte, que se opuso á las preocupaciones dominantes; no han podido admitirse á figurar sobre estos monumentos las sibilas, porque eran consideradas, segun la opinion de algunos antiguos PP. de la Iglesia, como que habian profetizado á Cristo. Veremos por otro lado que el estilo de las esculturas de que se trata denota un origen mas anterior á este período. Remontándonos mas allá, encontramos la época comprendida entre el triunfo del cristianismo bajo Constantino, y la caída completa del paganismo. Todavía es menos favorable á la hipótesis del origen cristiano de este monumento. Lejos de hallarse dispuestos á jugar con semejantes emblemas, los cristianos que hasta entonces se habian visto precisados á tener ocultos los signos exteriores de su fe, se apresuraron á multiplicarlos bajo varias formas en los momentos públicos y privados. Quedan, pues, los tres siglos de persecucion. Es cierto que en este período hallamos entre las pinturas de las catacumbas una figura alegórica sacada de la mitología: el Cristo, el celestial encantador, como le llama S. Clemente Alejandrino, está representado bajo la figura de Orfeo. Sin embargo, los motivos que han hecho tener esta excepcion de las reglas seguidas, no se aplican á las esculturas de esta cátedra. La imágen simbólica de Orfeo era de una dimension bastante grande que chocaba á la vista de los fieles que se reunian en las catacumbas; se les aplicaba el sentido, y este cuadro llegaba á ser, como todas las demás pinturas que decoraban aquella galeria, una prediccion que hablaba á los ojos. Mas las pequeñas esculturas mitológicas esculpidas en las paredes de un mueble, que apenas podian distinguirse á dos pasos, no podian llenar el mismo objeto. No hubieran sido estas incrustaciones mas que un capricho tan sin utilidad como sin conveniencia, y los primeros cristianos no aplacaban su aversion á las alegorias de la poesia pagana, sino cuando graves razones les determinaban á ello. En aquellas mismas catacumbas en que habia el cuadro de que acabamos de hablar, no se ha hallado ningun plagio mitológico entre los pequeños simbolos trazados por los fieles en las piedras sepulcrales; todos son exclusivamente cristianos; nos vemos pues inclinados á pensar que este monumento ha debido pertenecer primitivamente á un pagano, y que no se le debe dar un origen pos-

terior á los primeros siglos de la era cristiana.

» El carácter de sus adornos, considerados bajo un punto de vista puramente artístico, sirve para determinar de un modo mas circunscrito el período de tiempo á que pertenecen. Son muy notables por la hermosura, delicadeza y perfeccion del trabajo, que descubren una época en que la escultura estaba muy floreciente. Asi que los historiadores del arte han averiguado despues de un estudio comparado de los monumentos, que la escultura degeneró de un modo muy pronunciado desde principios del siglo III, y como esta decadencia se nota ya en el II, atribuyen en general al siglo de Augusto las obras que se distinguen por un gran mérito de ejecucion.

» Otra particularidad permite estrechar todavía á límites mas reducidos la época de este monumento. Sabemos que las *sillas de manos* ó sillas de conduccion, *gestatoria*, empezaron entre los principales personajes de Roma despues de la subida de Claudio al imperio. Lo que hizo decir á Justo Lipsio, despues de haber examinado con este motivo los pasajes de los autores latinos de aquella época: « En tiempo de Augusto no hallo la silla, sino siempre la litera; por el contrario desde Claudio, rarísima vez la litera, y casi siempre la silla. *Non reperio tempore Augusti sellam, semper lecticam, at post Claudium plerumque sellam, rara memoria lecticæ.* » *Just. Lips., oper. omn. Lugdun., 1613, t. 1; Elect., l. 1, c. 14 p. 312.* Será muy difícil no reconocer una de estas sillas de manos, *sella gestatoria*, en el mueble de que ahora nos ocupamos, puesto que vemos en cada lado anillos dobles de hierro, por los que debian pasar las varas. *Ad usum gestatorix sellæ procul dubio affabrè facta cernitur habens in utroque latere duplicita manubria ferrea, hasta portatibus immitendis apositas.* *Præb., de ident. Cath., p. 46.* Los grandes señores romanos de aquella época, muy amigos del lujo y de sus comodidades, no dejaban de adornar sus sillas de manos con ricos y blandos almohadones; debian de tener espacio que pudiese prestarse á esta colocacion. La estructura del mueble en cuestion, que es la de una grande y ancha poltrona, conviene perfectamente con el destino claramente indicado por los anillos laterales de yerro. Resulta de todas estas observaciones, segun la mayor probabilidad, que su origen no es anterior al reinado de Claudio, y que es posterior al principio de la prediccion evangélica, que tuvo lugar en el reinado de Tiberio.

» Siguiendo estos varios indicios, se llega á descubrir cuál ha debido ser la posicion social de su primer poseedor. Las particularidades que caracterizan en ella una silla de manos, y por esto mismo un género de mueble de que solo los grandes se servian, su amplitud, su delicada estructura, sus elegantes adornos de marfil entrelazados de filetes de oro, la perfeccion de las esculturas, todo anuncia que no era un mueble ordinario, sino una silla de distincion, una especie de silla curul, perteneciente á algun personaje opulento de la clase aristocrática ó senatorial.

» Acabamos de recoger cuatro indicaciones distintas: 1^a que esta silla ha sido originariamente una silla de manos; 2^a que el personaje que la poseia era pagano; 3^a que formaba parte de la alta sociedad en la Roma imperial; 4^a que el siglo de Augusto, si se suprime el primer tercio que precede al reinado de Claudio, se presenta como la época á que es mas racional hacer subir este monumento.

» Confrontemos ahora estos indicios con observaciones que vienen de otro origen. S. Pedro, habiendo llegado á Roma en el siglo de Augusto y bajo el reinado de Claudio, recibió en ella hospitalidad en casa del senador Prudente, convertido por él al cristianismo. Allí es donde se tuvieron las primeras reuniones de los fieles, allí es donde se le dió su silla pastoral. Como la silla era una señal de autoridad, es muy natural que Prudente, con este objeto, se hubiese procurado un mueble distinguido. La *silla de manos* de que se servian el emperador y los grandes, era eminentemente una silla de honor, y no es dudoso que el senador Prudente haya poseido un mueble de este género, puesto que hacia parte de la clase que habia adoptado esta moda á ejemplo de su soberano.

» Tenemos pues dos series de indicaciones: unas se deducen de las particularidades materiales del monumento; otras resultan de los datos de la época, y de la casa en que S. Pedro tomó posesion de una silla en Roma. Estas dos series, aunque de diverso origen y reciprocamente independientes, se ajustan unas á otras en todos los puntos, para concordarlas de un modo manifesto con la tradicion, que ha repetido de siglo en siglo que esta antigua cátedra es la de S. Pedro.

» Se preguntará sin duda si la leyenda mitológica, representada por esculturas de marfil, no puede formar una objecion legitima contra la autenticidad de este monumento. Seguramente no seria razonable el suponer que mandando construir una silla apostóli-

ca, se hubiese querido que sus adornos figurasen objetos profanos; mas no es este el caso que nos ocupa, puesto que se trata de una silla que Prudente tenia entre los muebles que poseia antes de convertirse al cristianismo. Es fácil concebir que se han dejado subsistir estos pequeños emblemas en favor del sentido alegórico al que se prestaban tan naturalmente como aquella figura de Orfeo, que hemos mencionado hace poco, y que habia sido trazada en las paredes de las catacumbas por los primeros cristianos. Orfeo, amansando los animales con los acentos de su lira, era una bella alegoria de Cristo subyugando las almas rebeldes con su doctrina celestial; lo mismo S. Pedro era el verdadero Hércules que habia venido á Roma á echar por tierra la hidra infernal de la idolatria. Confieso que hubiera sido un simbolismo casi imperceptible por lo diminuto de las figuras, y no hubiera tenido, como he dicho, la clase de utilidad que tenian las pinturas de las catacumbas. Mas esta aproximacion alegórica no explica por qué se hubieran elegido expresamente semejantes emblemas, para incrustarlos en el mueble que debia ser la cátedra del apóstol, y explica suficientemente por qué se han podido dejar en un mueble preexistente, por qué no se han querido destruir de aquella silla curul del cristiano conquistador de Roma las figuras en algun modo proféticas de que se hallaba adornada. Naturalmente se presenta esta explicacion, supuesto que aquellos primeros cristianos hayan dado alguna importancia á estos adornos; mas por lo demás es muy posible y aun probable que no se hiciese caso. No debemos juzgar de lo que sucederia entonces por lo que pasa en el dia, cuando se da una silla á un obispo; no se hacia con tanto preparativo. Habiéndose establecido san Pedro en casa de Prudente, se reunieron los neófitos en una sala para oírle predicar y recibir de él el sello del bautismo. Se eligió sin dilacion entre los muebles de esta casa, que la víspera era todavía pagana, una silla de honor de que pudiese usar presidiendo aquella asamblea religiosa; continuó usando de ella, sin que él ni sus discípulos se cuidasen de examinar las pequeñas figuras embutidas entre los piés de esta silla, cuando se trataba de empezar la lucha contra el gran coloso de Roma. Despues de la muerte del apóstol, la veneracion debida á su memoria no hubiera permitido, si hubiese ocurrido el pensamiento, el inutilizar la cátedra en que se habia sentado, y proscribir lo que él habia tolerado.

» Cualquiera suposición que se haga, no podrían formar estos emblemas una objeción sólida; porque en materia de crítica, y especialmente de crítica monumental, sucede que cuando se resuelve una dificultad con una explicación plausible, no puede inutilizar los indicios que ilustran el origen de una cosa, ni con mucha más razón prevalecer contra una tradición constante. ¡Cuántos monumentos hay, cuya autenticidad no se disputa, aunque presenten singularidades de explicación menos fácil que las de que acabamos de hablar!

» Lejos de atentar contra la tradición esta particularidad, por el contrario, sirve para apoyarla. Si después de algunos siglos se hubiese empezado á presentar al respeto público una cátedra falsa de san Pedro, no se hubiera dejado de elegir un mueble exento de estas imágenes paganas que podían hacerlo sospechoso. La presencia de semejantes esculturas en tal monumento parece pues probar que no ha podido venerarse de siglo en siglo, sino porque cada uno ha hallado una tradición preexistente que garantizaba su autenticidad. Estos adornos profanos incrustados en la primera silla de la cristiandad, sin duda han embarazado á mas de un sabio de la edad média, que no podía conocer, como nosotros, por monumentos hallados ó estudiados más tarde, la indulgencia de los primeros fieles hácia ciertos emblemas mitológicos. Mas lo que pudo ser una tentación de duda para la sencillez de nuestros abuelos, no es ya para los conocimientos arqueológicos de los tiempos modernos mas que la confirmación de una creencia venerable.

» Bajo un punto de vista simplemente arqueológico sería ya cosa muy interesante una cátedra, no de mármol ni de marfil, sino de madera, perteneciente al siglo I, que ha subsistido hasta nuestros días para perpetuarse mucho más, en bastante buen estado de conservación y casi en su primitiva integridad. La veneración de las reliquias ha contribuido, con la eficacia propia de los cuidados que prescribe, á dar á la silla del primero de los apóstoles este privilegio de duración. Mas es necesario convenir en que ha sido singularmente favorecida con respecto á esto, puesto que las demás cátedras apostólicas no han disfrutado de esta prerogativa. Han perecido por la mano ó negligencia de los hombres; solo la de S. Pedro se ha salvado por alguna cosa que se llama, creio, la Providencia. Acontecimientos fecundos en destrucciones de todo género la han

amenazado, como un incendio que hubo alrededor de ella; no son las devastaciones lo que ha escaseado en Roma. Desde Alarico á Totila, en el espacio de cerca de ciento cuarenta años, ha sido cuatro veces saqueada esta ciudad. Un indigno heredero del trono de Constantino acabó por ponerse á la cabeza de los bárbaros para despojarla. La última vez, que esta soberanía degenerada le hizo una visita, fué en el siglo VII; el águila imperial, convertida en ave de rapiña, se despidió de Roma, sacando en sus garras envilecidas una multitud de objetos preciosos, hasta la doradas tejas del panteón. En el siglo XI, el emperador Enrique IV acababa de destruir una parte de la ciudad conocida con el nombre de ciudad Leonina, que contenía la basílica de S. Pedro, cuando el ejército de Roberto Guiscard, que llegaba para echarlo fuera, devastó aun más completamente la otra parte. El saqueo de Roma por las bandas luteranas del condestable de Borbon destruyó en las iglesias y en las sacristías una multitud de antigüedades que habían escapado á todas las rapiñas anteriores. En estas épocas desastrosas ha visto Roma robar sus tesoros sagrados, arrojar al viento las reliquias santas, y caer las columnas de granito; la frágil tabla en que se sentó S. Pedro, ha atravesado tantos siglos y tantas destrucciones como emblema perpetuo de la indefectibilidad de la fe:

Non de marmoreo, ast æterno è fragmine texta,
Durat in extremum firma cathedra diem.

(Andr. Marianus, l. 2, epigr. 5.)

» Podríamos aplicarle aquellas palabras: *Andarás sobre el áspid y basilisco, y hollarás al león y al dragón*, á las que aludian los animales simbólicos esculpidos en mármol en las gradas de la antigua cátedra de que se servían los papas en la basílica de Letran. »]

Pedro Crisólogo (San). Arzobispo de Rávena, vivió en el siglo V; murió el año de 450; su elocuencia es la que le ha dado el sobrenombre de *Crisólogo*. Quedan de él 176 sermones sobre varios objetos, todos muy cortos, de los que hay muchas ediciones. Como este santo arzobispo era instruidísimo, es un testigo irrecusable de la tradición de su siglo; los mismos protestantes han convenido en sus talentos.

Pedro Damiano (el Bienaventurado). Cardenal, era obispo de Ostia en el siglo XI; murió el año 1072; ha dejado sermones, cartas y otras obras que se han impreso en París en 1663, en 4 vol. en fol.; mas pueden encuadernarse en un solo. El ejem-

plo de este virtuoso cardenal prueba que, aun en los siglos más tenebrosos, Dios ha suscitado en su Iglesia hombres capaces de instruir y le vantarse contra los errores y los vicios. « *Pedro Damiano*, dice Mosheim, merece un lugar entre los escritores más sabios y más apreciables de su siglo, por su talento, su candor, su probidad y erudición; aunque no esté enteramente libre de las preocupaciones y defectos de su tiempo. » Por preocupaciones probablemente entiende Mosheim el singular aprecio que tenía el bienaventurado *Damiano* á la austeridad, penitencia y demás ejercicios de la vida monástica.

En general, los protestantes han citado muchas veces las obras de este piadoso cardenal, para probar el desarreglo que reinaba en su tiempo entre los eclesiásticos y monjes; mas leyendo atentamente sus escritos, se ve que el mal no era, ni con mucho, tan grande como los enemigos del clero querían persuadirlo; si los obispos, sacerdotes y monjes hubieran sido tan perversos como se supone, el bienaventurado *Damiano* no hubiese trabajado con tan buen éxito, que los hizo reformarse.

Pedro Lombardo. V. TEOLÓGIA ESCOLÁSTICA.

Se atribuye generalmente el origen de la teología escolástica al método adoptado en el siglo XII por el obispo de París *Pedro Lombardo*; pero más de cuatro siglos antes, esto es, á mitad del VII, un obispo de Zaragoza, llamado Tajon, tuvo y realizó la idea de formar un cuerpo ó suma de teología. Hé aquí cómo da cuenta de ello el célebre Mabillon: « Redactó Tajon en cinco libros bajo ciertos títulos todo lo que encontró en S. Gregorio respecto á la teología, sin mezclar ningún razonamiento, ni aun los testimonios de los PP., excepto algunos de S. Agustín. El primer libro de esta compilación trata de Dios y de sus atributos; el segundo de la Encarnación, de la predicación del Evangelio, y de los pastores y ovejas; el tercero de los diversos órdenes de la Iglesia, de las virtudes y de los vicios; el cuarto de los juicios de Dios, de las tentaciones y pecados; y el quinto en fin de los réprobos, del juicio final y de la resurrección. » Esta idea del obispo español fué alentada después en el seno de la Iglesia griega por S. Juan Damasceno, que escribió una suma dividida en cuatro libros. Trata en el primero de Dios y de sus atributos; en el segundo de la creación y de las criaturas; en el tercero y cuarto de la Encarnación y de los muertos. El venerable Beda y Rabano Mauro

habían preludiado este primer arranque de la teología escolástica, así como esta época preparó los gérmenes que, alentados por las escuelas del siglo XI, produjeron el libro de Pedro Lombardo, que tuvo la gloria de ser comentado por los grandes talentos de los siglos XIII y XIV.

Pelagianismo. Pelagianos. Para tener una idea exacta del *pelagianismo*, es necesario: 1º conocer su historia; 2º saber en qué consistía la doctrina de Pelagio y de sus discípulos; 3º considerar cómo ha sido combatido y cómo se ha defendido.

I. A principios del siglo V, Pelagio, monje de Bangor, en el país de Gales, viajó á Italia y permaneció algún tiempo en Roma; adquirió conocimiento con Rufino el Sirio, discípulo de Teodoro de Mopsuesta, y de él recibió los primeros gérmenes de su herejía, que consistía en negar la propagación del pecado original en los hijos de Adán, y sus consecuencias. Se hizo amigo de Celestio, otro monje, que era escocés de nación. El año 409, antes de la toma de Roma por los godos, fueron juntos al Asia. Partiendo Pelagio para Oriente, dejó á Celestio en Cartago. Este hizo lo posible para ordenarse allí de presbítero, mas en 412 fué acusado de herejía por Paulino, diácono de Milan, y condenado en un concilio celebrado por Aurelio, obispo de Cartago; obligado á partir, se retiró á Éfeso.

Por su lado, Pelagio fué acusado de herejía primeramente por algunos obispos reunidos en Jerusalem, y después en un concilio compuesto de catorce obispos, celebrado en Lidda ó Dióspolis, en Palestina; tenía por acusadores á dos obispos de las Galias, Héros de Arles, y Lázaro de Aix. Pelagio, desaprobando algunos de sus errores, y paliando otros, se hizo absolver, y continuó dogmatizando con más atrevimiento que nunca.

Instruidos de estos hechos los obispos de Africa, y reunidos en Milevi en 416, escribieron al pontífice Inocencio I, el que al año siguiente declaró á Pelagio y á Celestio privados de la comunión de la Iglesia. Pelagio escribió al papa para justificarse; le envió una profesión de fe que todavía existe, y en la que se deslizaba ligeramente sobre los errores que le eran imputados. Celestio fué personalmente á Roma, y presentó al papa Zosimo, sucesor de Inocencio I, una profesión de fe en la que aparecía el error algo más descubierto. Ambos concluían con una protesta de sumisión al soberano pontífice. Engañado Zosimo con esta aparente docili-